

¿Paula...?

“Mi casa. No sabes cómo te he echado de menos.”

Llego a la puerta, y me detengo por un instante. Sí, tras cuatro años estoy volviendo a mi hogar. Decido entrar. “¿Mamá? ¿Papá?” Pregunto. Pero nadie me responde.

Entro en el salón, y me encuentro con que cada cosa sigue en su sitio, tal cual la dejé. Eso sí, una gruesa capa de polvo lo recubre todo. Se me hace raro, antes no veía una mota ni en la esquina más escondida, esa por la que se pasa un trapo una vez cada diez años. A lo mejor estoy exagerando y todo, quizás no se toca en la vida. El sillón de papá, el de mamá, todo sigue igual. Pensaba que se habrían cansado del antiguo estampado de flores y ya sería hora de cambiarlo, pero al parecer no ha sido así.

Subo a mi habitación, y allí están. Todos mis juguetes y mis muñecos de cuando era pequeño, me alegro de que nadie los haya tocado ni movido de sitio, tal y como pedí antes de marcharme. Me echo en mi cama, cerrando los ojos y respirando profundamente para recordar toda la sensación a infancia que aún persiste en la habitación donde pasé la mayor parte de mis días. No me importa el no poder oler, aunque admito que habría sido mucho mejor ya que el recuerdo sería más completo. Tampoco me importa que las sábanas lleven más de cuatro años sin cambiarse. Es más, ni siquiera me importa que la casa esté un poco sucia, hasta el punto de que acabo de ver una cucaracha. En parte, lo veo normal, nadie se ha preocupado por ella de la misma manera en que lo hubiera hecho yo.

Abro los cajones de la mesita de noche. Todavía quedan migajas de pan y bolsitas de gominolas sin abrir. También hay dos entradas para el parque de atracciones, un reloj de muñeca, un examen con un 4, y una foto con unos chicos a los que no consigo recordar del todo bien. No sé por qué está todo eso ahí, supongo que serían cosas importantes en su momento. Al fin y al cabo, nadie comprende a los adolescentes.

Salgo de mi habitación y me dirijo a la de mis padres. El vestido de mamá está en el diván, al igual que la corbata de papá. ¿Van a ir a una fiesta sin mí? Pero si acabo de llegar, no es justo. Quizás debería llamarles, a ver dónde están. No, mi regreso tiene que ser una total sorpresa, así que mejor me espero a que lleguen de donde sea que estén en este momento. Me tumbo en su cama también. Se veía más mullida que la mía. Siempre me hizo ilusión probarla, pero nunca tuve la oportunidad. Efectivamente, esta cama es como una nube, de esas que ves en el cielo y piensas “tiene forma de cama”. Un flan blandito con la cantidad perfecta de rigidez como para no hundirse. Hablando de flanes, nunca he probado uno. Y hablando de probar comida, ¿qué habrá en la nevera? Ni siquiera me he detenido a revisar la cocina, así que bajo de nuevo.

Me he hecho ilusiones, no hay gran cosa. Unas latas de conserva, botellas de cristal y yogures. Y en la despensa, más de lo mismo. Nada que me apetezca llevarme a la boca

en este momento. En fin, ya tendré tiempo de comer por ahí más tarde. A fin de cuentas, soy libre, puedo hacer lo que me apetezca.

Vuelvo a subir a la planta de arriba, y una vez ahí, sigo subiendo, hasta llegar a la puerta del desván. El desván también ha sido gran parte de mi niñez. Pero ahora, si tuviera que hacer un ranking de las habitaciones con más polvo, aún sin haber entrado en los baños puedo asegurar que el desván bate el récord con diferencia.

Me voy parando conforme voy avanzando, ya que me gusta detenerme a ver las cosas que se iban acumulando. Bicicletas, cada uno tenía la suya. La mía era una con ruedines aún, nunca aprendí a montar en serio. Es más, creo que una vez me caí y me partí la nariz quedándome secuelas. Después, la olvidé al entrar a primaria, no volví a tocar una bici en mi vida. Dibujos que hice, desde la típica casa con el paisaje de fondo hasta mi novia y yo. Un violín, el cual empecé a tocar por gusto y tras unos cuantos años lo dejé ya que no tenía mucho tiempo. Un fonendo de juguete, de niño pensaba que algún día podría convertirme en un gran doctor. Aquí hay demasiadas cosas, ojalá pudiera quedarme a verlas y analizarlas todas y cada una de ellas.

“¿Qué es eso?” Al final del desván hay algo cubierto por una tela, una especie de caja enorme. ¿Debería acercarme? Puede que sea una de todas aquellas cosas que tenía prohibido tocar, ni tan siquiera mirar. Pero ya soy mayorcito, soy lo bastante maduro como para poder ser consciente de que en mi casa hay lo que quiera que sea... eso. Sí, mejor me acerco, le quito la tela, y me voy antes de que papá y mamá lleguen. Ahora, rápido.

Miles de motas de polvo saltan al aire, haciéndome imposible no toser. Y cuando abro los ojos, ahí estás tú.

No puede ser.

No, no, no, no, no, no... Es imposible. Eres parte del pasado, no quiero acordarme de ti. Pero ya es tarde. Los recuerdos vuelven y surgen en mi memoria como pinchazos en el cerebro. Me está empezando a doler la cabeza, creo que me estoy volviendo loco. Ah, ya me acuerdo. “¿Paula...? Terminaste cayéndome bien, ¿sabes?” Allí estaba ella, me conocía mejor que cualquier otro. Con ella pasé mucho tiempo, creo que más del que debería. Es decir, dentro de ella. Acabé acostumbrándome a sus rejas, a la sensación de estar allí metido, sin poder ponerme de pie. Y ella, a cambio, se tragó todos y cada uno de mis llantos, mis gritos de impotencia por tener que estar ahí. Pero no todo era malo. Gracias a ella no necesité ir al psicólogo de la escuela, a ella le contaba mis días, y a veces también mis noches. Mejoré en matemáticas, calculé cada área, perímetro, volumen, distancia entre una reja y otra. Recuerdo el día en el que decidí ponerle un nombre, y al final terminé con ‘Paula’, que, después de todo, rima con ‘jaula’.

Pero, entonces, si tú estás aquí... No puede ser cierto. Que alguien me diga que todo esto es un sueño. Que no estoy en mi casa, que sigo en ese hotel. Que todo es mentira.

Salgo por la puerta disparado, en dirección al sótano, sin ni siquiera tapar de nuevo a Paula para que pueda recobrase de este encuentro fortuito. El dolor de cabeza es mucho más intenso, y sé quién tiene la culpa. El peor recuerdo de todos acaba de aparecer sin haber sido llamado. ¿Por qué ahora? ¿Por qué, Paula? Deberías estar en un vertedero, en el campo en forma de cenizas o incluso en otra casa, sirviendo como método de castigo para los perros que se portan mal. Aunque, ahora que lo pienso, sí, he sido como un perro durante toda mi vida. Has aparecido en el peor momento, y ahora voy a morir por tu culpa. No me estoy volviendo loco, tú me estás volviendo loco. “¡Aaahhh!”

Me he caído por las escaleras. Pero no importa, sigo bajando. La puerta del sótano, tengo miedo de abrirla. ¿Y si hay lo que creo que hay? No, aquello fue un sueño. El recuerdo que me ha hecho caer, ha sido todo una mala pasada de mi mente. “¿No es así?” Digo mientras abro la puerta. “¿Mamá? ¿Papá?”

Las notas que sacaba, las calorías que consumía, el tiempo que estaba fuera... Todo estaba controlado. Si no llegaba o me rebasaba lo más mínimo de lo establecido, pasaba un tiempo con Paula. Sólo con Paula. Sin comida ni bebida, sin cualquier otro entretenimiento que me hubiera evitado parecer un loco encerrado en una jaula contando los segundos que faltaban para salir. Sinceramente, no sé cuándo todo se volvió así. Un día éramos la familia perfecta, y al siguiente no podía hacer nada de lo cual no fueran plenamente conscientes y no apuntaran en esas estadísticas guardadas en el sótano. Parecía que no sabía que estaban ahí, pero no soy tan tonto. Tampoco es como si no supiera que las cosas en el trabajo de mis padres iban a peor, y por lo tanto, la relación entre ellos también. Sin embargo, siempre conté con Alicia, que estaba a mi lado en todo momento. Ella era mi novia, aunque realmente nunca cortamos, así que supongo que lo sigue siendo. Me ayudó muchas veces, y ella fue quien acabó con todo esto. Un día, mientras hablábamos Alicia, Paula y yo sobre cómo salir, escuchamos unos pasos. Sólo podían ser ellos, mis padres. Entonces, a Alicia se le ocurrió una gran idea. “Por favor... Tengo mucha hambre... No quiero que me dejéis salir, sólo que me traigáis algo de comer...” Y así fue. No sé cómo se las arregló, pero media hora después, ella y yo estábamos fuera, y ellos dentro. “Parece ser que nos hemos cambiado los papeles.” Dije con una sonrisa. No sé lo que me ocurrió, pero seguí con mi vida. Y después de unos días, los gritos de hambre dejaron de escucharse. Al ver lo que había hecho, Alicia se fue para siempre.

-Antonio.

-¿Sí?

-Hoy cumples dieciocho años, ya puedes salir del centro de menores.

Hikari

Categoría A (Alumnado de ESO)